

blasfemo sedicioso y malhechor.—Y acepta con calma y paz toda la humillación de semejante condena; no se justifica; limitase á confesar la verdad; no apele para ante otro tribunal; no amenaza...

2.^a Estación.—Jesús con la cruz á cuestras.—Aquella cruz es humillante, infame; la recibe con amor, la lleva valerosamente, la abraza.—Amor de las cruces humillantes, ocultas, etc.

DÍA CUARTO

ADVERTENCIAS

- 1.^a Leer de nuevo las del primer día.
- 2.^a Acabar la confesión.
- 3.^a Mantenerse en mayor recogimiento, si es posible.—Pues que ahora es el momento en que más bien hablará Jesús al alma, que no está á Jesús.
- 4.^a Evitar el andar revolviendo penosamente lo pasado.

Este día lo emplearás en meditar acerca de las dos disposiciones necesarias para seguir fielmente á Jesús; la primera consiste en tomar su fortaleza de la confianza en Jesús; la segunda en hacerlo todo con espíritu de recogimiento.

PRIMERA MEDITACIÓN

Fortaleza por la confianza en Dios.

De mí nada puedo en orden á la salvación; sin Jesús no puedo hacer nada que sea agradable á Dios y meritorio para la vida eterna. Mas lo puedo todo en Dios, que me conforta con su gracia. Por dónde

la confianza en Dios es la medida de mi fortaleza y mi santidad.—¿En qué ha de estribar, pues, mi confianza?

1.^o En la bondad de la divina Providencia para conmigo.—Dios me ama, Dios dispone todos mis caminos en su bondad; todo en mi vida lo regula para mi mayor bien.—Tengo, pues, seguridad que cuanto me sucede viene de Dios y de su bondad; las alegrías y las penas en su santo servicio, los consuelos y las amarguras, las prosperidades y los contratiempos, la salud y la enfermedad.—La divina Providencia dirige mi barquilla, da viento á la vela, envía la calma ó la tempestad; mi deber es confiar-me al divino Piloto: Él me llevará en salvo al puerto de la patria celestial.

2.^o Confianza en la misericordia de Dios.

He pecado, he pecado mucho, he contraído una inmensa deuda para con la misericordia divina, y me atemoriza la cólera de Dios; me atemoriza el infierno ¿Dónde me esconderé?—Bajo el manto de la misericordia divina, que Jesús tiende sobre mí.—¿Dónde me esconderé?—En el corazón de Jesús, que está abierto para mí.

Mas ¿cómo pagaré mi deuda? Con los méritos de mi Jesús, con su amor para conmigo, con mi amor para con Él. Jesús me ha dicho, como á la Magdalena: «Perdonados te son tus pecados.»

¡Oh cuán consoladora palabra! La divina misericordia de mi Salvador ha sellado mi vida como cosa de su propiedad; no quebrantes ¡oh alma mía! jamás ese sello. Jesús ha extendido el manto de su misericordia sobre todas mis miserias pasadas; no lo levantes nunca, para no andar removiendo ese antiguo lodazal de pecados.—Funda, pues, tu confianza en la

infinita misericordia de Jesús; y cuando te asalten temores, espera en Jesús, que te amó cuando tú no le amabas.— Cuando te asalten temores confíate á Jesús, que es tu Salvador.— Cuando te acometan ansiedades busca reposo en Jesús; que tal confianza es el mejor homenaje á su bondad, y no olvides nunca que la filial confianza en la misericordia de Dios es la más segura y perfecta gracia de tu justificación.

3.° Confianza en la gracia de Dios ante las tentaciones.— Recuerda, alma mía, que Dios permite y quiere la tentación que te aflige; que el demonio ningún poder tiene sobre ti.— Si Dios le permite que te tienta, es para mostrarle que eres completamente de Dios, y para proporcionarte la grande ocasión de probar tu fidelidad. Dios quiere también con esto que tú te humilles y le honres por tu propia humillación; quiere darte ocasión de que puedas resarcirte contra el demonio de las ventajas que éste haya podido en otro tiempo obtener sobre ti.— En fin, Dios mira en eso á centuplicar los méritos de tu vida.

La tentación es, por lo tanto, más bien gracia que pena, puesto que trae la ocasión de ejercitar las mayores virtudes y de adquirir tantos méritos: no la temas, pues, tanto, alma mía. Teme, sí, tu flaqueza, tus recaídas; mas espera en la gracia de Dios. La gloria del combate vale más que la de la paz.

4.° Confianza en la gracia de Dios para conseguir la perfección á que Él nos llama.— Grande y sublime es, alma mía, la perfección á que Dios te llama. Se trata de renunciar al mundo, de renunciarte á ti misma en todo.

De que Jesús crucificado se lleve tus preferencias sobre Jesús en el Tábor.

De crucificarte con este Esposo ensangrentado;

Se trata de amarle con el más soberano, cordial y absoluto amor.— ¿Cómo llegarás á tan alta santidad?

Oye: Jesús dijo á sus Apóstoles: «Tened confianza, que yo he vencido al mundo.»— Ahí está su victoria.— Y en otra ocasión: «Yo estaré con vosotros todos los días.»— Y á San Pablo, temeroso: «Te basta mi gracia, pues la virtud en la enfermedad se perfecciona.»— Y á San Pedro: «¿Me amas más que éstos?»

Exclama, pues ¡oh alma mía! con el grande Apóstol, que tú nada puedes de tuyo, pero que lo puedes todo en Cristo que te conforta, que combate contigo, que obra, vive y triunfa en ti.

SEGUNDA MEDITACIÓN

Recogimiento exterior.

Para ir á Jesús tengo que pasar por mi corazón; para oír la voz de Jesús tengo que escucharle en mi alma; para vivir con Jesús tengo que habitar con Él en el santuario que en mi interior se ha fabricado; de suerte que el recogimiento es necesario para mi vida en Jesús.

Pero ¿qué es recogimiento?

Hay recogimiento exterior é interior. El exterior consiste en el amor de la soledad, del silencio y de la modestia corporal.

I. *Soledad.* — Dios no ama la agitación; no hace oír su voz en el tumulto del mundo.— Dios quiere la calma y la paz. Por eso dice: «Llevaré el alma que amo á la soledad y allí le hablaré al corazón.» Y en la *Imitación* leemos: «En el silencio y la quietud aprovecha el alma devota y aprende lo escondido de las

Escrituras. Allí encuentra manantiales de lágrimas con que lavarse y purificarse cada noche: de suerte que se torne tanto más familiar al Criador cuanto más se aleja del tumulto del siglo. A quien, pues, se aparta de conocidos y amigos, se le acercará Dios con los santos ángeles. Más vale estar oculto y cuidar de sí, que, aunque llegásemos á hacer milagros si nos dejamos caer en la negligencia.»

Así, pues, alma mía, evita el mundo cuanto te sea posible; perdido es el tiempo que con él se pasa; disípase allí el alma, y el corazón se enreda y se manilla; agótase la piedad y debilitase la virtud.—¡Oh! Economiza tu tiempo, que es corto; conserva tu gracia, que la llevas en vaso harto frágil. Vive como desconocida é ignorada en el mundo, y Jesús será tu dulce y santa compañía:—«A quien quiere hacerse hombre interior y espiritual (dice la *Imitación*), conviéndole que con Jesús se aparte de la bulliciosa muchedumbre.»

II. *Silencio*.—Es el silencio el custodio de la paz del corazón y de la pureza del alma: «En el mucho hablar, dice el Espíritu Santo, no faltará pecado.»

El alma se derrama por las palabras ociosas, se mancha con las palabras contra la caridad y la humildad; ¡y en el mundo es tan fácil descuidarse!

Sean tus palabras siempre, alma mía, homenaje á la verdad, alabanza á la caridad, sacrificio de humildad y mansedumbre, defensa de la virtud y la justicia.

Dice la *Imitación*: «En el silencio y la quietud adelanta el alma devota.» (1) «¡Cuánto aprovecha

(1) Lib. I, cap. XX.

ciertamente la gracia conservada por el silencio en esta frágil vida, que se reputa de tentación y lucha!» (1) Y en otra parte (2): «Nunca serás interior y devoto si no guardares silencio de las cosas ajenas y no fijares especialmente la atención en ti mismo. Si todo te dedicas á ti y á Dios, poco te moverá lo que afuera percibes.»

Y en el lib. III, cap. XXVIII: «Si vives atento á lo interior, no darás gran peso á las palabras fugitivas. O pequeña prudencia es callarse en el tiempo malo y convertirse en lo interior á mí, sin perturbarse por los juicios humanos.»

Y dice también: «¡Oh cuán buena y pacífica cosa es callar de los otros, y no creerlo todo indiferente, ni hablarlo después de ligero y el declarar su interior á pocos, buscaros siempre á Vos, que veis los corazones, y no dejarse llevar de todo viento, sino optar que todas las cosas interiores y exteriores se cumplan según el beneplácito de vuestra voluntad!» (3).

Por lo tanto, me aplicaré á la virtud del silencio: no hablaré sino por un principio de caridad y de adecuada cortesía.—Estaré alerta contra las simpatías y las antipatías en mis palabras.

Cuando sienta mi corazón doliente y triste, comenzaré por decirlo á mi buen Señor, á fin de ofrecerle las primicias del sacrificio.

Reglas prácticas. — Antes de hablar me recogeré interiormente para consultar el espíritu de la gracia en mí.

(1) Lib. III, cap. XLV.

(2) Lib. II, cap. V.

(3) Lib. III, cap. XLV. — Léase todo el cap. X, lib. I.

En caso de duda, consultaré las reglas del decoro y la caridad.

En las impresiones demasiado vivas de simpatía ó antipatía inclinaré mi corazón hacia el sacrificio.

III. *Modestia*.—La modestia exterior es la guardia necesaria del recogimiento. Consiste:

1.º En la guarda de los sentidos, para no dejarlos llevar de la curiosidad, de una excesiva actividad, de las impresiones demasiado vivas de los objetos exteriores.

2.º En la modestia de los ojos, la cual no es afectada ni tímida, sino una modestia sosegada, que ve sin fijarse y mira sin impresionarse.

3.º En los movimientos del cuerpo, en el accionar, en el continente de la persona. — Es una modestia grave y sosegada, activa sin agitación, que atiende al descanso del cuerpo sin molicie, cortés sin familiaridad, buena sin afectación: la más bella flor de la pureza del alma.

Jesús será el modelo y la vida de esta hermosa virtud.

¡Cuán grande era su modestia en la vista! Tenía de ordinario los ojos bajos; no clavaba en nadie sus miradas.— Los Evangelistas notan como cosa extraordinaria las circunstancias en que Jesús alzó los ojos.

¡Cuán sencillo y noble era su andar! Nunca se advierte en sus movimientos agitación ni precipitación, siempre igual permanece, así en las humillaciones y oprobios, como en los homenajes de los pueblos.— ¡Qué modestia en su aspecto! Nada de orgullo ni de bajeza; en sus maneras nada de negligencia, ningún resabio de molicie ni aun después de las mayores fatigas; fatigado, camino de Samaria, se sien-

ta modestamente en el brocal del pozo de Jacob.

Modestia tan grande tan notoria, que San Pablo, mucho tiempo después, amonestaba á los corintios por la mansedumbre de Cristo.—Y San Basilio dijo: «Donde está Jesucristo, allí está la modestia.»

María era la modestia en persona; no era posible verla sin sentirse penetrado de respeto; su modestia esplendente de pureza, era afable y humilde, llena de sencilla y respetuosa nobleza, era, no ya la modestia de una criatura virtuosa ó de un ángel, sino la modestia de Jesús reflejada en su Santísima Madre.

Tales son, alma mía, tus modelos; tal la condición de la vida de Jesús y María en ti.

TERCERA MEDITACIÓN

Recogimiento interior.

Recogerse es convertir el alma de lo exterior á lo interior para someterla á la acción de la gracia. Esto es lo que se dice «recogerse interiormente en Dios.»

I. El recogimiento interior es la condición para adelantar en la perfección.— Es la perfección misma.— El alma que sabe recogerse se conoce bien; está sin fatiga al tanto de los movimientos de su espíritu y de su corazón; ve en seguida allí el desorden y los para al primer paso; echa de ver al punto el vicio, primer movimiento de las pasiones y las tentaciones, y sofoca prontamente las primeras chispas. El alma interior tiene á punto el sentimiento de lo verdadero, lo justo y lo más perfecto;— juzga espontáneamente todo, y las relaciones buenas ó malas de las criaturas con ella, según aquello de San Pa-

blo: «El hombre espiritual juzga de todo» en Dios.

El alma recogida no desperdicia ninguna gracia; forma su haz de todas las gracias que pasan á su alcance, y corresponde suave y fielmente á ellas. — El alma recogida está siempre atenta á las inspiraciones del Espíritu de Dios, pronta siempre á darles asentimiento. — El alma recogida vive más con Dios que consigo misma. — Tal era la vida de San Pablo, que expresaba con aquellas hermosas palabras: «Y vivo, ya no yo, mas vive Cristo en mí.» Ahora, ¿puede haber nada más justo ni más suave que acompañar á Jesús, tomar sus órdenes, abandonarse del todo á su dirección, darle cuenta de todo, hacerle homenaje de todo y ser Él nuestra vida y descanso?

¿Y quién podrá decir la felicidad del alma recogida?—En la *Imitación* hallamos escrito: «El reino de Dios está dentro de vosotros. Conviértete de todo corazón al Señor, y deja este mísero mundo, y encontrará tu alma descanso.

»Aprende á despreciar las cosas exteriores y darte á las interiores, y verás venir á ti el reino de Dios que es paz y alegría en el Espíritu Santo.

»Vendrá á ti Cristo mostrándote su consolación, si interiormente le preparas digna morada.

»Toda su gloria y su decoro de lo interior es, y allí se complace Él.

»Frecuentemente visita al hombre interior con dulce coloquio, mucha paz y familiaridad en extremo asombrosa. — Ea, pues, alma fiel, prepara á este Esposo tu corazón hasta el punto que se digne venir á ti y habitar en ti (1).»

(1) Lib. II, cap. I.

¡Qué gloria, alma mía, qué felicidad lleva consigo este recogimiento! ¡Es el cielo en ti mismo!

Deja, pues, todo lo demás para aplicarte á este medio de salvación que todos los otros encierra;—á esta virtud, alma y perfección de todas las otras;—á esta gracia, centro de todas las demás gracias.

¡Ah! sí: comprendo ahora por qué con tanta violencia combate el demonio este espíritu interior;—comprendo por qué mis pasiones me llevan siempre á lo de afuera, lejos de mi interior.—Por turbarme, por hacerme perder de vista á mi alma y á Jesús, que la inspira, que la dirige, que la acompaña en el trabajo y en la lucha.—Comprendo que el recogimiento interior constituye el alma y el buen éxito de la oración; viene á ser la oración continua;—la vida de los ángeles siempre presentes ante Dios;—la vida de María en Jesús—la vida de Jesús en su Padre celestial.—¡Oh Dios mío! hacedme persona de vida interior, y nada mas os pido.

II. Pero ¿cómo practicaremos este recogimiento interior?

1.º Debemos primeramente pedir á Dios esa gracia.

2.º Y además, antes de obrar, recogernos interiormente en Jesús, para consultar su santa voluntad, su espíritu, su beneplácito; pedirle la gracia de la acción y que obre Él con nosotros.

3.º Obrar en sosiego y paz.—Cuando uno se encuentra turbado y agitado, comenzar antes por pacificarse y recogerse en silencio.

4.º Ejercitarse habitualmente en atender á la presencia de Dios en nosotros.

5.º En las penas interiores ó exteriores, empezar

por consentir interiormente á la voluntad de Dios en nosotros.

6.º Las tentaciones combatirlas con un acto interior, volviendo nuestros ojos á Jesús, para decirle: «Sabéis que os amo y os amaré hasta la muerte.» De suerte que esto es una mirada del amor indignado contra Satanás, y una protesta de afecto al Amado.

7.º En las desolaciones y desamparo interior, nada de agitación ni inquietud, ni de exceso en acudir á medios exteriores de consuelo; antes bien un acto de entrega de sí mismo con Jesús desamparado en la cruz.—Es el más perfecto acto del amor, es el último acto que Jesús hizo por amor nuestro, á fin de darnos siempre su compañía.

Os doy gracias, Dios mío, por esta meditación; luz que me muestra mi camino, mi centro, mi vida en Jesús y á Jesús en mí.

DIRECTORIO

EXAMEN PARTICULAR

Sobre el impedimento dominante que dificulta nuestro adelantamiento espiritual.

1.º ¿Cuál es el sacrificio que más temo y que cuesta más á mi corazón?

2.º ¿Qué pensamiento turba más mi alma y me sume en el abatimiento? ¿Qué medio me ha dado buen resultado para ponerme en paz?

3.º En los momentos de paz, de fervor, de gracia sensible, ¿qué me pide la gracia de Dios? ¿Qué quiere de mí Nuestro Señor?

4.º ¿Cuál es el más habitual obstáculo á mi adelantamiento en la oración mental?

Lectura espiritual.—*Imitación*, lib. I; cap. XI; libro II, cap. I y III; lib. III, c. I, II, y XXVII.

VIA CRUCIS

Andar el Via Crucis en honor de los desamparos que santamente sufrió Jesús.

1.ª *Estación.*—Jesús se ve abandonado de todos sus amigos, sin que ni una voz se levante á defenderle de la sentencia inicua que le condena.

2.ª *Estación.*—Jesús se ve destituido de todo socorro y lleva Él solo el enorme peso de la cruz.

3.ª *Estación.*—Jesús cae abrumado de cansancio; ni hay siquiera quien venga á darle la mano.

4.ª *Estación.*—Considerad cómo padece Jesús por la desolación y tristeza de su Madre santísima.

5.ª *Estación.*—Jesús ve con dolor que el Cirineo no se presta á ayudarle para llevar su cruz.

6.ª *Estación.*—Jesús, cubierto de oprobios y de lodo, sin que nadie, excepto una débil mujer, venga á enjugarle el rostro.

7.ª *Estación.*—Cae Jesús por segunda vez, y aquellos verdugos crueles le cargan de nuevo en los magullados hombros la abrumadora cruz.

8.ª *Estación.*—Jesús consuela á las hijas de Jerusalén, y el Padre le abandona á su desconsuelo.

9.ª *Estación.*—Cae Jesús por tercera vez, y lejos de haber quien le socorra, recrudecen contra Él los malos tratamientos.

10.ª *Estación.*—Desnudan desapiadadamente á Jesús, desgárranse sus carnes, y quedan ya al descu-

bierto los huesos; nadie hay que vende sus heridas.

11.^a *Estación*.—Jesús es crucificado, y sus verdugos hacen triunfo de ello.

12.^a *Estación*.—Muere Jesús totalmente desamparado.

13.^a *Estación*.—Jesús es enterrado por caridad.

14.^a *Estación*.—Queda Jesús en el sepulcro abandonado á la guarda de sus enemigos.

QUINTO DÍA

PRIMERA MEDITACIÓN

Espíritu de sacrificio.

La tercera disposición para seguir fielmente á Jesús es el espíritu de sacrificio: el estar en ánimo de sacrificarlo todo á la vida y al amor de Jesús en nosotros.

I. Jesús lo quiere: «El que ama á padre ó madre más que á mí, no es digno de mí: y el que ama á hijo ó á hija más que á mí, no es digno de mí.»

En otra ocasión reclama que odiamos todo cuanto se opone á su amor, y manifiesta que quien no lo hace así, incluso aun también la vida, no puede ser su discípulo.

Antes de admitir á sus discípulos en su séquito, exige que abandonen entonces mismo barca y redes, casa, familia, padre y madre.

¡Qué de sacrificios pide Jesús á su Santísima Madre!

Sacrificio de su libertad y de la gloria exterior de su virginidad, bajo el velo del matrimonio, bajo la

obediencia á los derechos de un esposo. Y María lo cumple *humildemente*.—Así lo quiere Dios, como condición de la maternidad divina, de la salvación del mundo.

¡Sacrificio de dejar su casa de Nazaret para ir á experimentar desdenes de amigos y parientes en Belén, y verse reducida á habitar un portal abandonado, destituida de todo auxilio y rodeada de la mayor pobreza! Y María hace este sacrificio con *alegría*.—¡A tal costa adquiere su título de Madre de Jesús!

Sacrificio de su patria para ir á habitar un país desconocido, idólatra, inhospitalario, Egipto, adonde tiene que viajar de noche y en invierno. Y María cumple este sacrificio *con celo*.—Lleva á Jesús consigo.

Sacrificio de su ternura maternal y de su afecto hacia la felicidad natural de Jesús, cuando el anciano Simeón le predice y le muestra la espada de dolor que hiere ya su corazón; y esto apenas cuarenta días después del nacimiento de su divino Jesús.—¡Y aquel Calvario anunciado con su cruz y sus afrentas no lo perderá ya de vista María, durante treinta y tres años!—¡Oh qué vida de doloroso amor! María se crucifica con Jesucristo.

Sacrificio de desconsuelo. María pierde á Jesús en Jerusalén; no sabe cuándo volverá á encontrarlo.—Llora por Él y con amor le busca, sin quejas, sin desesperación.—Se creía indigna de poseer tamaño tesoro.

Sacrificio de soportar el rigor aparente de Jesús, que finge en su misión no reconocerla en cierto modo como Madre:—«Mujer, ¿qué nos va á mí y á ti?» Y también: «¿Quién es mi Madre?»—Pero María adora